

# Aguafuertes fluviales de Paraná



Roberto  
Arlt

AGUAFUERTES FLUVIALES  
DE PARANÁ



Roberto Arlt

»» EDUNER ««

ARLT, ROBERTO (1900-1942)

Aguafuertes fluviales de Paraná

1.<sup>a</sup> ed.

Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2015

64 pp. ; 23 x 16 cm

(Cuadernos de las orillas; 5)

ISBN: 978-950-698-359-8

1. Literatura Argentina. 2. Fotografía. I. Mondejar, Guillermo, edición y prólogo.

CDD A860

C U A D E R N O S   D E   L A S   O R I L L A S

*Edición y texto de presentación*

Guillermo Mondejar

*Equipo editorial*

Manuel Siri

Alexis Chausovsky

Anabella Peker

*Relevamiento fotográfico*

Fidel Poggi

*Colaboraron con la edición:* Dirección Nacional de Vías Navegables  
Distrito Paraná Medio, David García Vitor y José Romero; Museo Histórico  
de Entre Ríos Martiniano Leguizamón, María Ángela Mathieu y Federico  
García Efron; Museo de la Ciudad César Blas Pérez Colman; Archivo  
*El Diario* de Paraná; Paola Carolina Campo; Luis Godoy; familia de  
Raúl Casalongue.

© EDUNER, 2015

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos  
Córdoba 475, E3100BX1, Paraná, Entre Ríos, Argentina  
eduner@uner.edu.ar - www.eduner.uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Editado e impreso en Argentina.

# ÍNDICE

7 *Presentación*

## AGUAFUERTES FLUVIALES DE PARANÁ

25 Paraná, tacita de porcelana

29 Calles de Paraná

33 Vida suave y tranquila

37 Carta de una lectora

41 Álbum fotográfico

## PARANÁ, TACITA DE PORCELANA

Vamos entrando hacia el puerto de la ciudad de Paraná.

Por la orilla, al pie de montes de azufre, en un sendero sembrado de trozos de mármol, caminan dos chicos. Su sombra se alarga en la desolación de la orilla caliza.

Aridez de tierra africana. Entre cascotes amarillos, una mancha verde. Contrafuertes, barbacanas naturales, torres de tierra amaranto, y luego montes como de azufre, terribles, ásperos, bajo un cielo inmutable de azul al ferropusiano. Cada veinte o treinta brazas, un rancho de techo de paja y barro verdoso, luego soledad, aspereza. En la costa dura, centelleante bajo el sol, una mujer lava ropas violetas mientras la mira un perro negro.

El agua tiene férrea apariencia de hierro colado. De pronto, de una altura de colina, se desprenden serpientes de cemento, zigzaguean, envuelven altas plazoletas, corren cuesta abajo hacia un poblado pescador, con casas de dos pisos color borra de vino, fachada lisa, ventana presidiaria sin balcón, pantanos naturales, luego la costa dobla, aparecen más ranchos en los barrancales yermos, taperas cercadas de empalizadas blancuzcas, color avellana, y aparecen botes tumbados, chatas de hierro de casco podrido, lanchones de madera destripados, sigue bordeando el buque y en el horizonte aparece la torre de hierro galvanizado del semáforo marino del Ministerio de Obras Públicas. Globos metálicos

señalan las brazas de calado que tiene el agua y el molinete apunta a la dirección del viento.

Tinglados, muros de piedra, un dique, respaldando el dique un cerro con felpudo verde. Y henos aquí, en Paraná. Por una escalerilla de gato subimos al murallón, tropezamos con una plazoleta donde juegan palomas torcazas, luego otro monte, y no puedo menos de exclamar: «¡Parece un puerto abierto en el corazón de las sierras!». Puerto de montaña. Eso. De litografía barberil. De cromo de *La Ilustración Española* o *La Esfera*. Puerto quieto, con calles de asfalto. Entre el asfalto crece pasto. En la plazoleta, bendita de tranquila, el viento curva las ramas de los árboles y los árboles borrachos.

#### GENTE AMABLE

Entro al correo, frente al puerto. Quiero certificar una carta conteniendo notas para el diario. El empleado revisa la carta, observa una punta desprendida y me dice:

—Hay que lacrarla.

—No tengo dónde lacrarla aquí.

—¿Lleva valores?

—No, señor. Notas.

—La voy a lacrar yo.

—¿Cuánto es, señor?

—Nada.

—¡Oh, usted es muy amable! Muchas gracias. (¡Vaya a encontrar en Buenos Aires semejante prueba de gentileza!)

Salgo y sigo caminando encantado de esta amabilidad entrerriana que se pondrá más tarde de manifiesto en otras partes. Tomo una curva de granito. A un costado se encuentra un potrero

baldío profundo, en el fondo un rancho con mujeres achocolatadas. Al pie un cerro, verde de pinillos y paraísos y en el centro una escalera de piedras fracturadas. Subo y cuento los escalones; al llegar arriba respiro fuerte. He contado cincuenta y seis gradas.

Giro, y miro:

Allá abajo, el puerto se presenta como una gran hoz de acero brillante.

Frente a mí, la soledad de calles limpias, pavimentadas, desiertas, en pendiente, rectas que se tuercen, arboladas, desiertas, cada piedra de la calzada limpia como si la hubieran fregado deliberadamente.

Entro a la calle Victoria, que corre de norte a sur. Veredas de baldosas rojas. Empinada siniestramente hacia arriba. La cierra una fachada amarilla. Frentes de casas lisos y antiguos. Frontis amarillos, verdosos, con ventanas monjiles y altas sobre los muros lisos. Puertas severas, sin molduras, rajadas por el sol, pintadas con sangre de toro. Gallinas que picotean la espantosa soledad del afirmado. Plaza Alvear con caminos de mosaicos, canteros de pasto y orillas de geranios con florecitas rojas. Pasan dos hermanas. Una de azul, la otra de verde. Me miran y comprenden que soy forastero. Les digo:

—¡Viva Entre Ríos! —Sonríen y desaparecen por una vereda soleada, de baldosas rojas. Sí, las baldosas de patio. De patio colonial.

Cruzo la plaza. Un viejo, chino y flaco, hace filosofías de trabajos menestrales con un fotógrafo ambulante que se rasca los bolsillos del sobretodo vacío.

Miro las cinco sirenas coludas y robustas que soportan la doble taza de la fuente, llego a la otra esquina y afirmo para mi coleteo:

—Paraná, tacita de porcelana, es la ciudad más limpia del mundo. Y verán después como no me equivoco.

